



Ilustración de Peter Sís para *La casa de papel* de Carlos María Domínguez

Bibliotecas personales IV

Voces en la biblioteca

Tengo una biblioteca cada vez más chica y la idea es que siga reduciéndose hasta poder sacar los libros de mi placard. No es muy grande, tiene un tamaño inferior a la de muchos escritores y si me detengo a pensar en ella me doy cuenta de que a lo largo de mi vida varió muchas veces de tamaño y de carácter.

Se inició con un modesto mueble que todavía conservo y guarda mis libros más queridos. En mi cuarto de infancia tuvo otros que recuerdo como si estuvieran ahí, y algunos me acompañan como viejos cimientos de lo que ha venido a ser mi biblioteca. Desde entonces tuvo un crecimiento que se hizo arborescente. Fue desordenada, ansiosa, preocupada, curiosa, seria, demasiado seria pese a contener algunas risas, peligrosa durante los largos años de la dictadura argentina. Llevada y traída en sucesivas mudanzas, todos los libros tenían cabida como en un gran foro que colonizaba los espacios de las paredes y daban a las distintas casas por las que anduve el aspecto de una misma casa. Pero llegó un tiempo en que me vi forzado a colocar los libros en doble hilera y comprendí su desquiciada pretensión. No el saber, sino la posesión de su disponibilidad; más que la frecuentación, su delirante almacenamiento.

Con esfuerzo me fui deshaciendo de muchos libros y me volví más selectivo. No importa la apretada continuidad de temas y autores, en cada biblioteca hay una zona importante, otra íntima, una de libros útiles y una periferia de colonos que se adhirieron como moluscos a la piel de la ballena. No es fácil reducirlos. Por mucho que se insista en el trabajo intelectual, no solo es la utilidad lo que justifica un libro en la biblioteca. A veces es el cariño por la persona que lo trajo, las circunstancias, un momento del pasado que le pertenece y no queremos borrar. Otros visitantes obedecen a desbordes de generosidad, expectativas no cumplidas, distracciones y compromisos sociales; detrás de cada libro hay una persona y cada vez que me desprendo de un libro no puedo evitar una sensación de traición y de vergüenza.



La materia de los libros es el papel, pero la relación física con ellos es acústica. Encierran una voz, que al mismo tiempo es la del otro, y también nuestra. Por solitaria y alucinada que sea la lectura, se trata de una conversación que cruza el tiempo, así que a menos que uno tenga una vocación oceánica como la del visir de Persia Abdul Kassem Ismael (936-995), que según dicen trasladaba la biblioteca durante sus viajes en cuatrocientos camellos ordenados alfabéticamente, un palacio o mucho dinero, los lectores del siglo XXI nos vemos obligados a elegir con qué conversaciones nos quedamos. Puede que dudemos de no haber entendido bien, se nos olviden cosas que sabemos importantes o amemos una voz que siempre nos conmueve. Se quedan con uno.

Dibujaría una extraña parábola que al final del viaje las mías entraran en el viejo mueble de mi infancia. Entonces alguien podría decir, sin mentir, que una biblioteca vivió y respiró conmigo. Pero la vida es caótica y pocas veces respeta las formas. Ya no entran, es el problema.

Carlos María Domínguez

